

cual la emperatriz y sus consejeros supieron dominarlos prontamente. En cambio el triste fin del emperador caído, consumado pocos días después de su prisión, en nada mejoró la situación.

Los contemporáneos cuentan algunos detalles de la conducta observada por Pedro en su caída. Mercy observa que no hay en la historia un ejemplo de que «un príncipe, cuando se trata de un cetro y de una corona, mostrara tan poco valor como mostró el Czar que tan alto solía hablar siempre»: es increíble cuán «débil y pusilánime» se mostró Pedro en su destronamiento (1).

Mercy pretende haber oído que Pedro fué conducido inmediatamente desde Ropscha á Schlüsselburg, acerca de lo cual circularon algunos rumores aventurados (2). No cabe duda alguna de que Pedro se detuvo unos días en Ropscha, á donde le fueron llevados según sus deseos su médico Luder, su negro Narciso, su violín y su perro favorito (3). En esta ciudad fué asesinado el día 5 (16) de julio.

Los detalles de tan repugnante episodio han sido referidos varias veces, sin que, á pesar de todo, pueda prestárseles entera confianza. Nos abstendremos, pues, de reproducir las narraciones que se hicieron muy posteriormente (4).

Puede tenerse por seguro que Alejo Orloff tuvo una parte principal en este crimen; en cambio no hay motivo alguno para sospechar que lo ordenase la emperatriz. La noticia que de ello tuvo ésta la sorprendió tanto como á la princesa Daschkaw, la cual nos pinta la impresión que produjo en Catalina diciendo que la fatal nueva la había afectado mucho. Ambas comprendían cuánto había de disminuir por aquel hecho la buena impresión que la revolución había de producir en los contemporáneos y en la posteridad. La Daschkaw, que podía saber mejor que nadie los detalles del asesinato de Pedro, dice que su autor fué Alejo Orloff, añadiendo que desde aquel momento rompía todas sus relaciones con él, y mantuvo su palabra. «El que sea tan bajo, dice la princesa, que piense que la emperatriz ordenó ó solo aprobó el asesinato de su esposo, encontrará una prueba de lo infundada que es tal sospecha en una carta que de propio puño y letra escribió Alejo Orloff poco después de cometido el crimen. El estilo incoherente que en ella se observa demuestra que su autor, á pesar de su embriaguez, estaba espantado y era presa de una grande agitación, al pedir en tono humilde perdón por el hecho que había realizado. Esta carta, con otros documentos importantes, fué cuidadosamente guardada en una cajita por Catalina II, á cuya muerte y por orden de su sucesor Pablo fué abierta por el príncipe Besborodko en presencia del emperador. Cuando el príncipe hubo terminado la lectura de la carta de Alejo Orloff, hizo Pablo la señal de la cruz y exclamó: «¡Alabado sea Dios! Las dudas que abrigaba acerca de la conducta de mi madre en este asunto están desvanecidas.» La emperatriz y la señorita Nelidoff estaban presentes: Pablo ordenó que aquel documento fuese también leído al gran duque y al conde Rostoptschin. Para aquellos que tenían en alta estima el nombre de Catalina II, nada más consolador que este descubrimiento; en cuanto á mí no necesitaba tal prueba; pero nada me ha producido tanta satisfacción, en mi vida, como la certeza de la existencia de un documento que había de destruir para siempre la calumnia que se había lanzado contra una soberana que, á pesar de todas sus debilidades

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVIII, 475.

(2) Castera, I, 159, 164 y 165.

(3) Véase la carta de Catalina á Ssuworoff en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 107.

(4) No podemos convenir con Herrmann, V, 303, en que sean verídicas las relaciones de Castera y Helbig.

des (5), era incapaz de concebir ni aun la sombra de pensamiento tan horrible (6).»

Es de notar que entre una porción de documentos que acerca de este hecho existen y que se publicaron á raíz del suceso, ni aun en aquellos que se muestran favorables á Pedro se encuentra el menor cargo contra Catalina. Federico el Grande, en una época en que estaba resentido contra la emperatriz (1785), manifestó, en una conversación que tuvo con Segur, el convencimiento de que Catalina ninguna participación había tenido en el acontecimiento de Ropscha, cuya responsabilidad recaía únicamente sobre Orloff (7).

Posteriormente algunos escritores que tratan de la historia de Catalina en tono apasionado y de polémica, extendieron las acusaciones contra la emperatriz dirigidas, influyendo poderosamente en la investigación histórica de la siguiente década (8). En los modernos tiempos, ha vuelto á ganar terreno una opinión menos apasionada y más tranquila (9).

En el momento de acontecer el hecho fué, sin embargo, muy penosa la impresión que produjo, como se puede ver, entre otras cosas, en el despacho de un diplomático francés: «¡Qué ejemplo para el pueblo, escribe, cuando juzgue á sangre fría! Por un lado un nieto de Pedro I destronado y asesinado; por otro el nieto del Czar Ivan consumiéndose entre las cadenas que lo aprisionan, mientras una princesa de Anhalt se apodera de la corona de los antepasados de Pedro y de Ivan y se abre el camino del trono por medio de un asesinato. No comprendo que la emperatriz tenga un corazón tan cruel que haya podido ser cómplice en la muerte de su esposo (10); pero mientras sea un secreto el nombre del verdadero autor de este espantoso crimen, la sospecha y el odio recaerán sobre la emperatriz, que es la que ha obtenido de él mas inmediata ventaja (11).»

En un manifiesto de 7 (18) de julio de 1762, dijo la emperatriz que el ex emperador Pedro III había muerto de una enfermedad que ya en otras ocasiones le había atacado (12). El Senado dirigió á la emperatriz una súplica para que no asistiera al entierro de su esposo que debía tener efecto en

(5) *Amidst all her frailties*.

(6) *Memoirs of the princess Daschkaw*, I, 107.

(7) Segur: *Memorias*: «Catalina, coronada y libre, creía, como joven inexperta, que todo había concluido: un enemigo tan pusilánime no le parecía peligroso; pero los Orloff, mas audaces y previsores, no quisieron que aquel príncipe pudiese servir de bandera contra ellos y acabaron con él. La emperatriz ignoraba el crimen, y la noticia de su ejecución produjo en ella una desesperación fingida: sin duda presentía la opinión que hoy tiene contra ella todo el mundo, pues este error de juicio es y ha de ser inextinguible. En su situación recogió los frutos del atentado, y se vió obligada, para contar con un apoyo, no solo á atender, sino á conservar á su lado á los autores del crimen, pues solo ellos podían salvarla. Yo os aconsejo, para conocer mas á fondo el hecho, que veáis á un anciano muy respetable que vive en la actualidad, según creo, en Mitau, Mr. de Kaiserling, quien lo ha sabido y visto todo, pues en aquella época fué el confidente íntimo de las penas secretas de la emperatriz.»

(8) Saldern, Castera, Helbig, Masson, que entre otros influyeron poderosamente en la narración de Herrmann.

(9) El mismo Bernhardi, á pesar del tono de censura con que habla de la emperatriz, es de opinión que los Orloff realizaron bajo su sola responsabilidad el hecho, II, 2, 198. Véanse también, por ejemplo, las discretas observaciones de Hillebrand en la *Revista alemana*, XXV, 385.

(10) *Qu'elle ait trempé*.

(11) Raumer: *Memorias*, III, 307. Despacho de Durand desde Viena (4 de mayo de 1771): Orloff había repetido, hablando de este suceso, «que era muy triste para un hombre de buenos sentimientos como él, haberse visto obligado á hacer lo que de él se había exigido.» Lo que no dice Orloff es de quién partió tal exigencia. En *La Corte de Rusia* se atribuye el anterior despacho á Beranger y se fija su fecha en el 23 de julio, pág. 218. Raumer señala como autor á Breteuil y como fecha el 16 de julio.

(12) *Colección legislativa completa*, XVI, n.º 11,599.

el convento de Newsky (1); y en efecto, Catalina no asistió, y además llamó la atención de los contemporáneos la sencillez de la ceremonia (2).

En años posteriores, Catalina, en sus conversaciones con distintas personas, hablaba á menudo y con gusto del golpe de Estado de 1762, haciéndolo sin consideración ni cuidado alguno, y mostrando satisfacción por el éxito conseguido.

Cuando, en 1770, el príncipe Enrique de Prusia permaneció una temporada en San Petersburgo, encontrábase en cierta reunión con el noble sueco, conde Hordt, el cual, en tiempo de Pedro III, había estado en Rusia, de donde había salido para Alemania poco antes de la revolución. La emperatriz, con la gracia y viveza que le eran propias, le contó algunos pormenores del acontecimiento de 1762 (3).

Diez años después fué José II á Rusia, y también este refiere que Catalina le contó lo sucedido en 1762 (4).

En el diario del secretario particular de la emperatriz, Chrapowizky, se mencionan repetidas veces las conversaciones de Catalina sobre aquel suceso. En el aniversario de su coronación, en 1789, decía la emperatriz que habían trascurrido veintisiete años desde su advenimiento al trono y que le parecía que hacia poco tiempo que había sucedido. En otra ocasión dijo que los comienzos de su reinado no podían compararse con los del reinado de la emperatriz Isabel, pues en 1762 había habido unidad de pareceres, porque durante los diez y ocho años anteriores se había podido aprender mucho. Posteriormente ocurrió un episodio hijo de aquel acontecimiento: Gregorio Orloff había convenido con un granadero del regimiento de Preobraschensk en que Catalina, el crítico día de la caída de Pedro III, saldría al jardín y daría al sudodicho soldado la mano en señal de que era llegado el momento del golpe. Durante el invierno de 1788 á 1789 acordóse la emperatriz de aquel soldado y contó á su secretario que, al darle la mano, le vió conmovido y con los ojos inundados de lágrimas; que ella

(1) Ssolowieff, XXV, 139-140.

(2) *De la Marche*, pág. 192-208. En el documento anteriormente citado de Catalina, que probablemente fué dirigido á Poniatowski se califica de «cólico hemorroidal» la enfermedad de Pedro y se oculta por completo la verdadera causa de su muerte. En una *Ilustración de Leipzig*, se comparó entonces la muerte de Pedro III con la de Eduardo II de Inglaterra: véase la *Historia notable de Pedro*. Francfort y Leipzig, 1763, pág. 52. En los últimos años, nos ha llamado la atención la semejanza entre la catástrofe de Pedro III y la del destronado sultán Abdul-Aziz. Que en Rusia se atribuyó el crimen á Orloff, puede verse, entre otros hechos, por el episodio de 1772. Ssolowieff, XXIX, 181. En cambio nos parece cuestionable que la canción popular inserta en la *Russkaja Starina*, VIII, 815, se refiera, como pretenden los editores, á la muerte de Pedro III.

(3) *Memorias de un noble sueco*, Berlin, 1788, pág. 315: «Con frecuencia tenía el honor de hablar con ella, y en una de estas conversaciones familiares tuvo la bondad de contarme, una noche, la historia de la última revolución. Sus palabras, sus ojos, su rostro, su actitud, todo pintaba la viva satisfacción que experimentaba en el fondo de su alma. Yo veía el candor, la buena fe, la veracidad, la sencillez de todo su relato.

(4) Arneth, *María Teresa y José II*, III, 272.

le había hecho noble; que en cada regimiento había 99 hombres iniciados en el secreto de la revolución, etc., etc. (5).

En cambio, mostró Catalina un celo desmedido en perseguir las manifestaciones literarias en que se hablaba del golpe de Estado; de suerte que en 1763 el gobierno ruso prohibió severamente la introducción en Rusia del libro titulado *Memorias para la historia de Pedro III* (6).

En 1768 escribía, desde París, Diderot á Falconet que se encontraba en San Petersburgo, que un tal Rulhiere, que en 1762 era secretario del embajador francés en la capital rusa, se había dejado convencer por el conde Egmont de la conveniencia de publicar una historia sobre el golpe de Estado de 1762 y que aquella obra y otras habían sido leídas á la señora Geoffrin, á d'Alembert y á otras personas. Diderot añade que él había hecho observar que tal publicación podría parecer inoportuna. En ella se describía á Catalina como una mujer hombruna (*comme une maîtresse femme*), como un *gran cervello di principessa*.

Falconet comunicó á la emperatriz lo que ocurría, y esta dió en seguida orden al embajador ruso en París para que tomara las mas enérgicas medidas, á fin de comprar el manuscrito y evitar de este modo que se diera á la imprenta. Así se consiguió, y el libro de Rulhiere *Historia ó anécdotas relativas á la revolución de Rusia de 1762* no se publicó hasta 1797, es decir, después de la muerte de su autor, que falleció en 1791, y de la de Catalina. La interesante descripción del suceso, hecha por un testigo presencial, llamó mucho la atención; así es que el libro tuvo muchas ediciones y traducciones (7). Es de creer que el original ó por lo menos una copia se introdujo en Rusia; porque la princesa Daschkaw tuvo ocasión de rectificar una porción de errores en el tal libro contenidos (8). Con razón escribía el baron Grimm á la emperatriz que el autor en su libro mas bien la ensalzaba que perjudicaba. Catalina, en una carta á Falconet censura lo de que en los sucesos de 1762 se portara como mujer varonil y con *cervello di principessa*, diciendo que entonces se trataba ó de perecer con un insensato, ó de salvarse con la multitud que quería librarse de él, y añadiendo que no había habido mas estratagemas ni mas artificio que la conducta del personaje, sin la cual nada le hubiera podido suceder (9).

(5) *Diario de Chrapowizky*, publicado por Barsukoff. San Petersburgo, 1874, pág. 82, 222, 309.

(6) Porque esta obra era importuna para el gobierno ruso. Véase el *Archivo del príncipe Woronzoff*, VII, 605.

(7) Véanse las ediciones en el catálogo de *Russica* de la Biblioteca imperial de San Petersburgo. Los detalles de la correspondencia de Diderot con Falconet y de éste con la emperatriz se encuentran en la *Revista moderna*, t.º de enero de 1867, y en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 44, 52, 57, 59, 259-260, 288.

(8) *Archivo del príncipe Woronzoff*, VII, 653, y *Archivo ruso*, 1877, II, 359-360.

(9) *Ce n'était point tout cela, mais il s'agissait de périr avec un fou, ou de se sauver avec la multitude, qui prétendait s'en délivrer. Or à cela il n'y avait de manigance que celle de la mauvaise conduite du personnage, car sans cette conduite, assurément, jamais il n'aurait rien pu lui arriver.*